



FIRMA  
INVITADA  
**MANUEL  
MUÑOZ**

## Breve anecdotario de Don Eduardo Ortiz de Landázuri



**L**EGUÉ a Pamplona en julio de 1960 con una propuesta de trabajo del Estudio General de Navarra. Encontré a un grupo de médicos jóvenes contagiados de entusiasmo y con el ánimo resuelto a participar en una empresa atractiva, cuyo principal e indiscutible motor era Don Eduardo Ortiz de Landázuri. El profesor Fernández Cruz, catedrático de Patología Médica en la Universidad de Barcelona, venía a Pamplona con relativa frecuencia y en uno de sus viajes comentó: "Don Eduardo no es hombre de este mundo. En Granada tenía fama del mejor médico, con buenos ingresos en su consulta particular. Aparte su prestigio como Catedrático de la Facultad de Medicina. Pues aun así, en determinado momento abandonó todo aquel "status" y se trasladó a Pamplona" para iniciar lo que pronto sería una Facultad de Medicina.

Esta es la primera faceta que me gustaría resaltar de Don Eduardo, que hizo caso a la llamada, cumpliendo con el deber de saber elegir el camino correcto.

Seguro que en Granada pocos supieron valorar el profundo significado del sacrificio que personalmente, y para su familia, representaba esta decisión. Muchos años más tarde Don Eduardo lo reconocía en una entrevista. "Entonces ganaba mucho dinero. Pero dejé aquello, porque cuando uno tiene todo, no se tiene ya ilusión. Creo que de haber seguido en Granada hubiera acabado por hacer lo que otros: comprar un cortijo y unos olivos. En Pamplona, solo había una ilusión: levantar una Facultad de Medicina y crear una Clínica Universitaria".

El entusiasmo contagioso, que siempre caracterizó a Don Eduardo, permitió empezar a trabajar. Durante años ayudé a Don Eduardo en su consulta particular y allí aprendí a ser médico. En poco tiempo pasamos de las dependencias iniciales muy limitadas a la Clínica Universitaria donde ya se disponía de más espacio para consultas.

La investigación también fue motivo de atención y pronto se establecieron relaciones con el CSIC que permitieron el comienzo de varias líneas de trabajo.

Por supuesto, Don Eduardo dedicaba especial atención a la docencia y sus lecciones magistrales rezumaban experiencia y conocimiento de la ciencia médica. Don Eduardo era un luchador nato. Recuerdo sus frecuentes viajes a Madrid para entrevistarse con autoridades del Ministerio para conseguir lo mejor para su Facultad de Medicina. En una ocasión don Eduardo me dijo: "La gente dice que trabajo mucho, pero, de verdad Manolo, soy un pedazo de vago de siete suelas" ¿Quién de los que conocimos a Don Eduardo podemos decir que fuera un vago? Uno de los rasgos de su persona era indudablemente su permanente dedicación al trabajo de cada día. No puedo calcular el número de horas que a lo largo del día trabajaba, pero sí puedo decir que casi de madrugada aparecía en la Clínica y era el último en marcharse.

No puedo olvidar tampoco a Don Eduardo como modelo de buen médico. Con frecuencia repito una frase que el tenía a flor de labios "Los enfermitos siempre tienen razón". Cuantas veces pacientes que parecían funcionales o simuladores luego eran portadores de enfermedades incluso graves. El enfermo tenía en Don Eduardo un aliado perfecto. Atendía una y mil veces a sus enfermos sin importarles el tiempo para dedicarles, y conseguía muchas veces el diagnóstico luego de una anamnesis y exploración exhaustivas. Se volcaba en cuerpo y alma hacia sus enfermos a la búsqueda de la causa de sus dolencias.

Esta actitud de Don Eduardo condicionaba la adherencia de todos su pacientes. Soy médico veterano, tengo 70 años y en mis 46 años de profesión no he conocido a otro médico con mayor empatía con sus pacientes y que consiguiera un equilibrio tan ideal en su relación humana.

*Dr. Manuel Muñoz es Jefe del Servicio de Medicina Interna del Hospital de León*